

to, que están llenas de majestad y hermosura (1), y de pimpollos de suave olor, como la vid, y sus flores dan frutos de gloria.

Maravillas, glorias y delicias: hé aquí los preciosos frutos de la gracia que María recoge en su santo corazón. Concebirá al Hijo de Dios; mas por obra del Espíritu Santo: le dará á luz; pero este divino alumbramiento consagrará con inviolable sello su pureza virginal.

Las glorias de María.—¿No es ella, acaso, la mujer llena de gracia de quien nos hablan los libros santos que adquiere la gloria? (2). ¿Quién como Ella, sobre la tierra; quién como Ella, allá en el cielo, á la cual ha dado el Señor gracia y gloria sobre todas las criaturas? Y contemplando las delicias de la tierna Niña, que es el jardín amenísimo de Dios, cubierto de gloria (3), ¿no vemos en él las azucenas y las rosas que lo embellecen y embalsaman, la pureza y la fecundidad, la humildad y el amor santo, la misericordia y la clemencia, verdaderas delicias que inundan su alma, y nos revelan la plenitud de la divina gracia que en Ella vive?

Llena está, pues, de la gracia del Señor nuestra hermosa Niña; y, sin embargo, aun no le dice el ángel: «Concebirás al Hijo de Dios.» Ni tampoco: «El Espíritu Santo descenderá sobre Ti.» Hállase iluminada con la luz de la divina ciencia, resplandeciente de virtud; su misericordia tras-

(1) *Ecci.*, cit., 22, 23.

(2) *Prov.*, XI, 16.

(3) *Ecci.*, XI, 28.

ciende como celestial fragancia; llena de Dios, ilustrando la Iglesia, reflejando la belleza de la gloria, y en el pleno goce de las eternas alegrías (1).

El Señor está con María. El Omnipotente, el Sabio, el Eterno, el que es riquísimo en bondad y gracia. Por esto, la Purísima Virgen es poderosísima en el cielo y en la tierra: ¿quién resistirá su poder? ¿Dios? Su Majestad será su Hijo y estará sujeto á Ella. Y ¿cómo ese Hijo no cumpliría los deseos de la Madre que lo llevó en su seno? Por esto, siempre los ruegos de María lo alcanzan todo. ¿Resistirán el poder de esa Señora, el cielo, cuando Ella es la Reina de los ángeles, ó la tierra, donde impera y tiene levantado el trono de su amor?

El Verbo del Padre, fuente de sabiduría en las alturas (2), está con la inocente Niña, depositando en su seno todos los tesoros de la sabiduría y ciencia del Señor; por esto el mundo entero viene á beber en sus miradas la luz divina; y la que es llamada estrella de los mares, apacible luna y refulgente sol (3), envuelve al mundo que la implora en celestiales resplandores: ¿quién ha inspirado, en efecto, á los sabios pensamientos grandiosos y palabras de gracia y verdad? ¿Los ellos han cercado el altar de María, y esta buena Madre les dice: «Hombres ilustres, á vosotros estoy continuamente clamando..... Aprended la

(1) *D. Ansel.*, ap. *D. Bon. Spec.*, c. VII.

(2) *Ecci.*, I, 5.

(3) *Ecci.*, L, 6.

prudencia, y estadme atentos. Van á abrirse mis labios para anunciar la justicia. Publicará mi boca la verdad. Recibid mis instrucciones con mayor gusto que el dinero, anteponiendo al oro la ciencia, puesto que vale más la sabiduría que todas las joyas preciosísimas, y nada de cuanto puede apetecerse es comparable con ella. Yo, la Sabiduría, habito en los consejos, y me hallo presente en los sabios pensamientos.... A mí me pertenece el don de consejo y la equidad: mía es la prudencia.» (1). María dice también: «El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio.... Desde la eternidad tengo yo el principado: soy Reina desde la eternidad (2), y no dejaré de existir en los siglos venideros.» (3). Y ¿cómo dejaría de existir la que es el trono de Dios, que siempre resplandece como el sol y la luna llena, y el iris de bellos colores? (4). Mas ese trono es de gracia y bondad (5).

Después de esto, preguntemos: ¿Quién es María? Es la Niña preciosa y amable con quien Dios está. Su poder y su luz, sus eternos destinos, y su pecho sagrado, que atesora las riquezas del cielo, arrebatan y encantan el alma. Nuestra fe la venera rendida, nuestros ojos la contemplan purísima y bella; el amor nos arroja á sus pies: bendecimos su nombre, demandamos su auxilio,

(1) Pro., VIII, 1 et seq.

(2) Ex hebreo.

(3) Eccí., XXIV, 14.

(4) Ps. LXXXVIII, 38.

(5) Heb., IV, 16. D. Th., Serm. de Purifi. B. M.

confiamos en Ella. ¡Cuán grande es María, qué bella y amable! Su recuerdo nos llena de vida: bendígala el mundo, bendígala el cielo, y el hombre descanse, gozando á su sombra. ¿No es su amor el que tanto deseamos, que nos llena de inmensa ventura? ¿No son sus miradas las fuentes de luz que alumbran los cielos, que alegran al mundo? Se acerca á sus hijos, extiende su manto, y los cubre con él. A Moab decía un profeta: «Haz sombra á los que huyen, de modo que se oculten en medio del día, como en una obscura noche: esconde á los fugitivos, y no entregues á los que andan errantes. Hospeda junto á ti á mis hijos. Sé tú su asilo contra el devastador» (1). Después que nuestra dulce Madre ha recibido esta misión divina, ¿quién podrá quitarnos de sus brazos? Ella es el fuerte apoyo que el Señor nos da, un toldo contra los ardores del sol, y fresca sombra contra el resistero del mediodía; sostén para no tropezar; socorro en las caídas; eleva el alma, alumbrando los ojos, nos da salud, vida y bendiciones (2). ¡Cuán felices y alegres pasamos la vida, descansando á los pies de María! Porque su sombra es la mansión de la esperanza. Los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de sus alas, hasta que pase la iniquidad (3). Es también el lugar donde hallamos la indulgencia, el refrigerio y las más santas delicias del alma; pues sus manos destilan la mirra, sus dedos unguentos preciosos,

(1) Isa., XVI, 3, 4.

(2) Eccí., XXXIV, 19, 20.

(3) Ps. XXXV, 8; LVI, 2.

es su garganta como roja y hermosa granada, y su aliento más suave que el perfume del incienso de la Arabia (1).

Es María la Niña con quien Dios está: Su Majestad abre en el seno de aquella hermosa criatura las fuentes de la clemencia y la gracia, porque la ha fundado como un trono de misericordia (2): embellece su tierno corazón, llénalo de santidad y justicia, y la corona Reina del cielo y de la tierra. El Padre está con Ella como su Hija singular y la más noble; y también el Hijo se halla con María, en quien brillan las grandezas del Señor. El Espíritu divino mora en el corazón de esa Niña, su inmaculada y cándida paloma, su esposa incomparable, á quien ha dicho: «Te desposaré conmigo para siempre, mediante la justicia y el juicio, la misericordia, la clemencia y la fe.» Y añade el Señor: «Entonces será cuando yo escucharé benigno á los cielos, y éstos escucharán á la tierra» (3). ¡Qué esposa tan bella! Radiante de pureza y justicia á los ojos del Señor; derramando á torrentes sobre nosotros la misericordia y la clemencia; fiel en su propósito, agraciada en sus palabras, omnipotente en sus plegarias. ¿Cómo, pues, no respirar el aura de la vida, si nos hallamos á su sombra? ¿Cómo no rebosar delicias y consuelo, si la hermosa Niña nos protege? Por esto, en todas partes la buscamos y pedimos que nos dé socorro, que extienda sobre nosotros su

(1) D. Bon., in Psal. B. V. M., Ps. 56.

(2) Isa., XVI, 5. D. Ben., Spec. B. V., c. VIII.

(3) Osee., II, 19, 12.

manto celestial. «Fácil es, decía un rey á Isaías, fácil es que la sombra se adelante; no deseo yo que suceda esto, sino que retroceda» (1). Nosotros pedimos todo lo contrario: que la bendita sombra de María se adelante en nuestras sendas, y nos cubra y envuelva en todas partes; así estaremos seguros y viviendo en medio de la paz y eterna bienandanza.

Pensemos ya, un momento, estas palabras de Gabriel: «Bendita tú entre las mujeres.» Parécenos que vemos descender una lluvia de perlas y diamantes sobre la inmaculada frente de María; y así es, en efecto: la inunda la divina gracia, la misericordia rodea su corazón; el Hijo del Eterno se le acerca, vistiéndola de gloria. Y ¿no será bendita entre todas las mujeres? Contemplemos ese corazón tan puro, santuario el más hermoso de la Trinidad augusta; Dios le ha enriquecido con toda suerte de bendición espiritual: es el verdadero paraíso de las delicias del Señor. ¡Con cuánta verdad dice nuestra hermosa Niña: «A su huerto hubo de bajar mi amado, al plantío de las hierbas aromáticas, para recrearse en los verjeles y coger azucenas. Yo soy toda de mi amado, y mi amado todo mío, el cual se recrea entre azucenas». Mas hé aquí la respuesta del amado: «Hermosa eres, querida mía, y llena de dulzura: bella como Jerusalén..... Aparta de mí tus ojos, pues ellos me han hecho salir fuera de mí, y me arroban» (2). La humildad y pureza de Ma-

(1) IV Reg., XX, 10.

(2) Cant., VI, 1, 4.

ría, su mansedumbre y dulzura, su tiernísimo y ardiente amor, ¿no son acaso las bellas flores, los sazonados y preciosos frutos que su santo corazón ha producido para gloria y delicias del Señor? Que el Aquilón se retire, y venga el Austro á soplar en ese paraíso celestial, y sus perfumes se derramen por todo el mundo (1); sí, porque el aroma que sale del seno de María, es de vida, y lleva en sus purísimos effuvios la salud; su suave fragancia levanta los muertos del sepulcro (2). Y no sólo es su corazón inmaculado el que está lleno de los divinos dones: la gracia se ha derramado en sus labios, que son un panal que destila miel; la miel y la leche están bajo su lengua (3). ¡Qué palabras tan dulces son, en efecto, las que salen de la boca de María, y que oiremos muy en breve! Estremecerán los cielos de alegría, y al mundo le darán vida. Cuando hablaba con los hombres, ¿por ventura no añadía gracia á sus labios? (4) Y al dirigir sus oraciones al cielo, ¿no eran éstas cual dulcísima canción á los oídos del Eterno? Mas los labios de nuestra Reina hablaban de la abundancia de su corazón: su vida inmaculada, su celestial pureza, iban aumentando sin cesar los tesoros inmensos de la gracia de que estaba llena, elevándola delante del Señor, como un monte cuya cumbre se pierde allá en las nubes; monte de Dios, fértil, fecundo, donde Su Ma-

(1) Cant., IV, 16.

(2) D. Bon., Psalt. V. M., ps. 79.

(3) Cant., IV, 11.

(4) Prov., XVI, 23.

jestad se complació en fijar su morada, y en el que morará perpetuamente (1).

Si contemplamos el fruto del seno de María, ¿quién podrá decir las bendiciones que la cubrirán por causa suya? Dichosa entre las mujeres, entre todas las madres íntegra, Señora entre las esclavas, Reina entre las hermanas. Por el Hijo de sus entrañas la llamarán feliz todas las generaciones; las celestiales virtudes cantarán su gloria; el mundo entero entonará también sus alabanzas: la fe, el amor, la esperanza y todas las fuerzas del alma, la colman de bendiciones y de los más elevados encomios (2). Bendita, pues, mil y mil veces nuestra Niña, en su corazón, en sus labios, en su alma y cuerpo, por el fruto de su inmaculado vientre: bendita antes de producirlo, al tiempo de su divino alumbramiento, y después de éste; porque no ha dado á luz á solo un hombre, ni á un ángel, sino al Dios verdadero (3): bendita, porque ha ido añadiendo nuevas gracias á las primeras que el Señor le concedió (4): aplaca las iras del Eterno, reconcilia al hombre con Dios; destruye el poder del demonio. Es Abigail que ruega, y escucha estas palabras del Señor: «Bendita seas tú, que me has estorbado hoy el ir á derramar sangre» (5). Es la mujer thecuita, ingeniosa y prudente, que alcanza para los hombres el

(1) Ps. LXVII, 16-17.

(2) D. Ildel. De Virginit. B. M.

(3) D. Aug. Ap. D. Bon., Spec. B. V., c. XII.

(4) Ruth, III, 10.

(5) I Reg., XXV, 33.

perdón (1). Es Judit degollando á Holofernes, salvando su patria, y á quien todos bendicen diciendo: Tú eres la gloria de Jerusalén; tú la alegría de Israel; tú la honra de nuestra nación. Porque te has portado con varonil esfuerzo, y has tenido un corazón que no desmaya; porque has amado la castidad, la mano del Señor te ha confortado, y serás bendita para siempre. Así sea, así sea. Estas grandes mujeres que recordamos, eran sombras y figuras nada más; María se ha presentado: Ella es la luz. Las alabanzas que en otro tiempo recibieron, tienen hoy que ofrecerlas á los pies de la admirable y gran Señora cuya gloriosa marcha sobre el mundo tuvieron el honor de preceder y señalar.

Bendita es entre las mujeres nuestra Niña. Cuando levantamos los ojos contemplando su dignidad incomparable, vemos que incomparables son también las bendiciones de que Dios la ha enriquecido: ¿queremos numerarlas? Mas ¿quién ha contado las arenas del mar, y las gotas de la lluvia, y los días de los siglos? (2). Esas bendiciones son eternas: Dios las ha derramado en María perpetuamente (3). ¿No es Ella la que siempre ha formado las delicias del Señor? Dios no se muda como el hombre: sus pensamientos son eternos. La hermosa y pura Virgen, á quien el Señor ha comenzado á bendecir, será eternamente bendita (4).

(1) II Reg., XIV, 11.

(2) Judit., XV, 10, 11.

(3) Eccí., I, 2.

(4) I Paral., XVII, 27.

§ II.

Al oír María la salutación del ángel, se turbó, y púsose á considerar qué significaba. Mas él la dijo: «¡Oh María; no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios! Concebirás en tu seno y darás á luz un hijo.»

¡Cuán hermosa es la turbación de nuestra Niña! El suave tinte del pudor sonrosea sus purísimas mejillas. Ha descubierto en las palabras del ángel la bendición que prometió el Señor en otro tiempo (1): la fecundidad, y por esto se ha turbado. Si los ángeles pudieran recibir lecciones de pureza, oyentes de María serían los ángeles: así tan elevada y santamente nos habla esa turbación que embarga el alma de la tierna Virgen. ¡Cómo! ¿Puede una criatura ser tan casta que á Dios mismo, que habla por los labios de Gabriel, ha de decirle: «¿De qué modo sucederá esto? pues yo no conozco, ni jamás conoceré, varón alguno.» Y, sin embargo, esto es lo que ha hecho nuestra Niña; pero Dios no será vencido: esa turbación, esas palabras, en vez de suspender, avivan, si lícito es decirlo, el amor inmenso que el Señor la tiene. La grandeza del Hijo del Altísimo, el trono de David, el reino de la casa de Jacob, no la vencen: sólo el mismo Dios podrá rendirla: El Espíritu

(1) Gen., I, 28.

Santo descenderá sobre ella, y la virtud del Altísimo la cubrirá con su sombra. Entonces María se arroja á los pies de Dios, y se pone luego en sus brazos. ¡Qué momento tan glorioso para el cielo, tan feliz para los hombres! Mas no adelantemos, que no ha llegado aún; entretanto que María contesta, veamos lo que pasa en torno suyo: Dios, los ángeles, los hombres, el mundo entero espera su respuesta. Hermosa Niña, ¿por qué dilatas tu consentimiento? Todos los hombres están rendidos á tus pies, y demandan llorando una palabra de salud: ha llegado el tiempo en que el socorro de todos los que sufren se ponga en tus manos: todas las miradas se vuelven hacia Ti, esperanza de los siglos, y con sus lágrimas te piden el consuelo: los ayes del dolor de los que imploran tu clemencia llegan á Ti de todas partes: los ángeles y los hombres te envían un suspiro de amor: habla una palabra, oráculo de salud, y la alegría inundará los cielos y la tierra. El Hijo de Dios, pronto á salir del seno de su Padre, sólo espera tu consentimiento para descender de las alturas y tomar carne en tus purísimas entrañas: hé allí á Adán, y los patriarcas, y los reyes de todos los siglos, para quienes está cerrado el cielo mientras no des una respuesta favorable: hablad, Virgen bendita, y salvad al mundo. Sin embargo, María piensa en las palabras del ángel. ¿Qué temas, Niña hermosa? ¿No habéis oído que el Espíritu Santo descenderá sobre Ti; que el Eterno, fuente de santidad y gracia, te dará su Divino Hijo, flor del campo y lirio de los valles, trigo de los escogidos y vino que engendra vírgenes; y por último, que

tu seno quedará intacto, y lleno de pureza? (1).

Piensa María en las palabras del ángel; y ¿cómo no pensar en ellas, y detenerse, antes de dar su respuesta favorable, que la haría subir hasta la cumbre de la creación? Se hunde en el abismo de su nada, al que Dios descenderá para elevarla y hacerla sentar en trono de gloria (2). Ser destinada para Madre del Señor, Reina de los ángeles y los hombres; vestirse de gloria y majestad; recibir alabanza y bendición de todas las criaturas, que en todas las edades la llamarían dichosísima.... ¿Cómo la humildísima Virgen de Judá pudiera contemplar tanta grandeza sin turbarse, Ella, que se llamaba la esclava del Señor? Uníase al temor la admiración: no puede explicarse por qué Dios la tiene destinada para ser su Madre. ¡Oh, quién hubiese contemplado en ese instante el corazón de María! ¡Cuántas maravillas habría descubierto! Dios, que la envuelve y rodea por todas partes con su amor; la Niña, que parece salirse de sus brazos para caer rendida á sus divinos pies; María, que se esconde en las insondables profundidades de su nada; Dios, que se inclina y la levanta á prodigiosa é incomparable altura; María temblando (3); Dios sosteniéndola y dándola valor: María, que conoce la bondad y los favores del Eterno, que se siente llena de amor y gratitud, y que oye estas palabras: «El Espíritu Santo descenderá sobre Ti, y la virtud del Altísimo te cu-

(1) D. Aug., 1. De nat. Dni, Bernar., Hom. IV, sup. Miss.

(2) I Reg., II, 8.

(3) D. Ambros., hic.

brirá con su sombra»: Dios, que con inefable dignación viene estrechando cada vez más, por decirlo así, el corazón de su amada, la cual por fin exclama: «Hé aquí la esclava del Señor.» ¿Qué ha dicho nuestra Niña? Yo soy la esclava del Señor. ¡Cómo! El ángel le asegura que el Hijo de Dios vendrá á su seno, y la llamará su tierna y cariñosa Madre; que el magnífico y glorioso trono de David será la herencia de Aquel que nacerá de sus entrañas, y María, con todo, exclama: «Yo soy la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.» ¿Qué alma hubo jamás como la suya, que, llevada por Dios á tanta elevación, así bajase hasta el polvo su espléndida grandeza, delante de la eterna grandeza del Señor? ¡Oh María! ¡Sea por siempre bendita tu incomparable y santísima humildad! Grandes del mundo, aprended: grandes á los ojos del Señor, imitad el ejemplo de María. ¿Quién, después de estas palabras de la humilde Virgen, pudiera exclamar, hinchado y arrogante: En medio de mi prosperidad había yo dicho: ¿No experimentaré nunca jamás mudanza alguna? Pero todos podemos repetir lo del Profeta: «¡Oh Señor; tu buena voluntad es la que ha dado consistencia á mi floreciente estado! Apartaste de mí tu rostro, y al instante quedé conturbado» (1).

Mas ¿por ventura únicamente la humildad brilló en las palabras de María que venimos contemplando? Ellas son también el testimonio más brillante de su fe; se le anuncian profundísimos

(1) Ps. XXIX, 7-8.

misterios, operaciones admirables que se han de realizar en su seno inmaculado; pero, con todo, no vacila; mas dice, confiando en el Señor: «Hágase en mí según tu palabra.» ¡Cuán grandes maravillas obrará la inmensa fe de nuestra Niña! Si tenemos fe tan grande como un granito de mostaza, podemos decir á una montaña: Trasládame de aquí á allá, y la montaña se trasladará (1). Por esto, nada es imposible á la fe de Nuestra Niña; ¿qué importa que Gabriel le anuncie portentos inauditos y que exceden todo el poder de la creación? Ella sabe que Dios es poderoso y que abarca de un fin al otro fin todas las cosas, y todas las gobierna con suave y amorosa providencia (2).

Mas si es tan grande la fe que María nos descubre en sus palabras, resplandece también su reverencia al Señor, pues ni siquiera pone el nombre de Dios sobre sus labios, ese nombre sagrado y adorable. Y llámase la esclava del Señor. Y al respeto añade la obediencia, entregándose en manos del Eterno para que cumpla en Ella su santa voluntad. Ved aquí la esclava del Señor. Palabras que revelan su prontitud á las órdenes del cielo, y descubren su admirable y resignada sumisión: y como esclava, sólo espera que se le diga: Marcha, y marchará; que se le llame, y vendrá; que se le mande alguna cosa, y la ejecutará (3). Mas cuando agrega que todo se cumpla según la palabra del Angel, María nos muestra su prudencia

(1) Matth., XVII, 19.

(2) Sap., VIII, 1.

(3) Matth., VIII, 9.

é incomparable castidad: las palabras que salen de sus labios son breves, precisas y que todo lo encierran en su bello laconismo: no ha dado su consentimiento general y vagamente, sino tan sólo aquel, cuya aceptación por parte del Señor derramará sobre su hermosa frente los resplandores de una nueva y celestial pureza.

Finalmente, las palabras con que María contesta al Angel nos prueban cuánta es la magnanimidad y fortaleza de su corazón. No ignoraba las penas y tormentos que tendría que padecer la Madre del Mesías; que antes de reinar con Él, subiría la sangrienta colina del Calvario, donde el trono del Señor sería una cruz, y un ruedo de espinas su corona; que la Madre le vería expirar ante sus ojos, anegado en las aguas de amarguísimos dolores, quedando su alma transida de aflicción. Mas así como las gloriosas promesas del Arcángel no hacen que dé su voluntad, tampoco las oscuras y rojizas sombras que cubrirán el horizonte de su vida pueden impedirle que se ponga en las manos del Señor. Si llegó á temer al oír sus alabanzas, fué que su humildad y pureza se sintieron conmovidas (1); mas el ángel dispó su turbación y sus temores, y, llena de fortaleza, acepta la maternidad divina, y desde entonces podemos ya decirla: No has temido exponer tu vida por tu pueblo, viendo las angustias y tribulaciones de tus hijos, sino que has acudido á nuestro Dios para impedir su ruina (2). Porque, cier-

(1) D. Ambros., hic.

(2) Judit, XIII, 25.

ramente, el pensamiento de la Encarnación del Hijo del Eterno descubrió á los ojos de María la gravedad é incalculable suma de los males que pesaban sobre todos los hombres sus hermanos, y Ella, si fuera necesario, daría la vida por salvarlos.

Lo que hemos dicho abre delante de nosotros un inmenso abismo: llámase este abismo la ternura de María para con el hombre: llenarlo, aun con todo el amor de los mortales, no es posible; más bien descenderemos á su fondo: cierto es que somos indignos é incapaces de intentarlo; pero hijos nos llamamos de María; tenemos en su amor nuestra ventura, y es, por tanto, indispensable buscarlo como tesoro muy precioso (1): y al hallarlo, llenos de contento, lo venderemos por lograr su posesión (2). ¿Qué tenemos más amado que la vida? ¿Qué nos cuesta más trabajo que entregarnos á la ajena voluntad? Y cuando la hermosa y santa Niña ha dicho: «Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra», consagra su vida á la salud del mundo: ya no es, para nada, de sí misma; es del hombre, quien puede disponer de María y de cuanto Ella tiene. ¡Oh! ¡Cuando pensamos esto, no nos cabe el corazón dentro del pecho! Los suspiros del amor se salen sin sentirlo. María jamás dejará de ser enteramente nuestra, ni nunca nos pondrá en olvido: si posible fuera, que no lo es (3), cualquiera de estas cosas, llenos

(1) Job, III, 21.

(2) Matth., XIII, 44.

(3) Isa., XLIX, 15.